

El Plan de Paz, única opción viable

El 17 de agosto, por iniciativa del Presidente Oscar Arias, los presidentes de las cinco repúblicas de Centroamérica se comprometieron a iniciar un proceso tendiente a "establecer la paz firme y duradera" en la región.

El documento es claro: desde el 7 de agosto hasta el 7 de diciembre cada uno de los 5 gobiernos debe adoptar una serie de medidas que, adecuadas a las circunstancias de cada país, constituyan pasos significativos hacia el "establecimiento de la paz, firme y duradera en Centroamérica".



DANILO
JIMENEZ

En esa fecha, 7 de diciembre, una Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento analizará el progreso en el cumplimiento de los acuerdos del 7 de agosto.

El 7 de enero de 1988, los 5 presidentes centroamericanos se reunirán, posiblemente en Costa Rica, para analizar el informe de esa Comisión y entonces, y sólo entonces, tomar las "decisiones (que estimen) pertinentes".

Las fechas claves son, pues: el 7 de diciembre, cuando la Comisión iniciará la verificación del progreso en el cumplimiento de los acuerdos del 7 de agosto, y el 7 de enero de 1988, cuando los 5 presidentes decidirán "lo pertinente" a la luz del informe de esa Comisión.

El Plan Arias ha sido atacado por personas y grupos que defienden intereses propios, o ajenos, que poco o nada tienen que ver con los intereses de los pueblos centroamericanos.

Predican unos que el Gobierno de Nicaragua no va a cumplir con lo pactado. Basan su profecía en el comportamiento histórico de los regímenes comunistas. Otros predicán la acción militar como única forma de poner fin a la insurgencia en El Salvador y Guatemala, e imponer la democracia en Nicaragua.

Que Nicaragua cumpla o no, es algo que examinará la Comisión a partir del 8 de diciembre. Pero ¿y si es alguno de los otros gobiernos el que no cumple?

El Salvador, Guatemala y Honduras encarnan serios problemas internos, y fuertes presiones externas, que dificultan la realización de los propósitos del Plan de paz.

No se duda de la voluntad y buena fe de sus mandatarios, pero no siempre se puede hacer lo que se propone. En los tres países hay fuerzas armadas, en dos de ellos fuerzas insurgentes y, como en toda democracia, cada Presidente enfrenta grupos políticos y de intereses económicos que a menudo le hacen la vida imposible.

El Plan de Paz del Presidente Arias es la única opción seria para la solución de los conflictos en Centroamérica. Es la única vía para la democratización, que sugiere procedimientos y fija plazos para su ejecución. No puede desecharse "ad portas".

¿Qué otras opciones tenemos? Los generosos esfuerzos de los

países de Contadora y del Grupo de Apoyo prepararon el camino a la iniciativa del Presidente Arias. Magnífico y útil como ha sido su trabajo, volver a Contadora sería descender un peldaño en el proceso por la Paz.

¿La acción militar de los "contras"? Es hoy admitido que a pesar del financiamiento, entrenamiento y ayuda de toda índole que han recibido, principalmente y en gran escala de los Estados Unidos, no se vislumbra siquiera la posibilidad de éxito. Debe aceptarse también que la "contra", no obstante los cambios positivos en su cúpula política, no han sabido proponer un proyecto nacional que movilice a los nicaraguenses, en Nicaragua, a prestarle apoyo.

¿La utilización del territorio de Costa Rica para la movilización, entrenamiento, abastecimiento de armas y apoyo de toda clase a la acción militar de la "contra"? Creo que ningún buen costarricense estaría dispuesto a aceptar esa alternativa.

Muchos de quienes de buena fe critican al Plan del Presidente Arias lo hacen sin pensar en las serias consecuencias que para Costa Rica tendría su fracaso, ni pensar en los efectos positivos que su éxito produciría para nosotros.

Si el 7 de enero de 1988 los 5 presidentes tuvieran que admitir el fracaso del Plan, ¿qué quedaría sino la guerra? No pensemos que a nosotros no nos afectaría porque somos neutrales. Pongámonos a pensar, seria y responsablemente, en todos los males y pesares que eso acarrearía.

Si el Plan tuviera éxito, pensemos por el contrario, en los caminos que se nos abrirían: significaría la consolidación de la democracia en la región; la posibilidad de aunar esfuerzos



para el crecimiento económico y el desarrollo social; la normalización de las relaciones comerciales, de cooperación y confianza mutua entre los centroamericanos, y entre nosotros y los demás países del mundo; aseguraríamos a los Estados Unidos que ningún país de la región sería trampolín para poner en peligro su seguridad; seríamos voz colectiva respetada en la comunidad internacional; se acabaría el doloroso y desgarrante fenómeno de los

refugiados y desplazados, y habríamos recuperado la dignidad de hablar por nosotros mismos.

Los pueblos quieren la paz, la paz para fortalecer la democracia y la libertad, y buscar, por esa vía, el desarrollo económico y la justicia social.